



La Gestión: la Taumaturgia Contemporánea

Toni Rodon i Casarramona

El sabio no tiene opiniones ni sentimientos propios, sino que hace suyos las opiniones y los sentimientos del pueblo, si las personas aún sirven fines privados, nunca serán capaces de ganarse el mundo.

Así, el sabio reina por encima del pueblo rebajándose en sus palabras.

El sabio guía el pueblo caminando detrás de él.

(Lao Tse¹)

Resumen

La gestión se ha vuelto a destapar en los últimos años como uno de los argumentos centrales en muchas de las campañas electorales del mundo democrático contemporáneo. Una gestión que se alza en contraposición a un debate de ideas considerado poco eficaz y eficiente para una sociedad moderna y necesitada de gobernantes racionales. En este escrito se planteará esta tendencia moderna tecnocrática a través de diferentes pasos: en primer lugar, se trazará brevemente la historia de la tecnocracia por, en un segundo estadio, caracterizar la que definiremos como tecnocracia “contemporánea”, diferente a la tecnocracia antigua e, incluso, tecnocracia moderna. Acto seguido, se detallarán los problemas teóricos a los que incurre la tecnocracia y se explicarán las consecuencias que puede tener en la vida política moderna. Con todo, se pretende describir y señalar los peligros de la reducción de la vida política a la gestión tecnocrática.

La campaña por las elecciones al Parlamento de Cataluña del año 2006 destapó la gestión como un argumento hasta entonces no empleado por acceder a la presidencia de la Generalitat de Cataluña. Hasta ahora se había aclamado la capacidad gestora de los candidatos o candidatas desde una perspectiva global: gestión como una de las virtudes más del presidenciable o gestión como una herramienta inherente al *buen* político en su trato con los diferentes actores que conforman el conglomerado de la sociedad. El lema del PSC² y de su candidato, José Montilla, ejemplificaba este nuevo escenario. Esta nueva fe tecnocrática, que sitúa la gestión hasta alturas taumatúrgicas, no es propia de Cataluña, sino que la atracción por vanagloriar las capacidades gestoras de un candidato (como elemento fundamental, básico y, en cierta medida, único por ser un buen político) es presente en

¹ Traducción de Lao Tse. Tao Teking. *El libro del Tao*. Palma de Mallorca: J.J. de Olañeta, Editor (“Los pequeños libros de la sabiduría, 13”), 1997.

² El lema del Partido Socialista de Cataluña a la presidencia de la Generalidad era “Hechos, no palabras”. Según Juan Company, presidente del grupo DDB España y creador de la marca ZP, el eslogan “acierta a potenciar la personalidad del candidato como un hombre hecho a sí mismo que ha llegado hasta aquí a base de trabajo” (La Vanguardia, 12/10/2006).

todas las latitudes. La Unión Demócrata Cristiana escogió para las elecciones del 2005^a a la Cancillería de Alemania a Angela Merkel y el 2006 Romano Prodi encabezaba La Unión por alcanzar la presidencia de Italia. Ambos candidatos se proyectaban a sí mismos como gestores eficaces de las problemáticas sociales, valiéndose de un perfil de candidato hecho a sí mismo, vanagloriando su capacidad gestora y de trabajo. Ambos en contraposición a contrincantes con un discurso fuerte, una capacidad de oratoria o empatía reconocida y un contacto con el público intenso³, pero, sin embargo, unos malos gestores.

El propósito de este escrito es argumentar que la apelación a la capacidad gestora de los políticos como valor supremo del hacer y deshacer político es solo focalizarse en una parte de la política, la cual ya contempla la gestión como elemento consustancial. Así, se defenderá que limitar la política a la capacidad gestora contiene una admiración tecnocrática excesiva ya que basa cualquier actuación en una racionalidad instrumental que, así como los discursos teóricos de legitimación de la tecnocratización, contempla una visión de la política limitada. Además, se demostrará que cuando la gestión se aplica al quehacer diario, puede provocar un distanciamiento progresivo entre el *demos* y la esfera pública que lo gestiona.

Siendo la demostración que las teorías tecnocráticas caen en errores y contradicciones el primero de los objetivos, este trabajo pretende alcanzar otros fines: se pretende clarificar que la tecnocracia actual (a la que nombraremos “contemporánea”) tiene características que la diferencian de la tecnocracia “moderna”.

En resumidas cuentas, el objetivo es responder dos preguntas de investigación claras: ¿son congruentes las teorías tecnocráticas? Y, por otro lado, ¿qué sucede cuando la política decide “utilizar” la tecnocracia?

Como se puede comprobar fácilmente en la vida política diaria, en el mundo contemporáneo, la palabra esencial, la palabra decisiva, la consigna milagrosa, es hablar de gestión. Conviene, pues, que antes de iniciar la argumentación se definan bien los conceptos por no caer en un análisis erróneo.

La gestión se considera parte esencial del tratamiento de los asuntos públicos, aunque difiere de la gestión puramente administrativa o económica. Así, el político “gestor” se alza como el mejor exponente de la teoría de la acción racional y actúa de articulador de los diferentes *inputs* que recibe de las esferas que se relacionan con el poder. Así, el político “gestor” lleva a cabo las operaciones necesarias para obtener resultados beneficiosos por todas las partes. Su acción se diferencia de la gestión ordinaria ya que ésta apela tan solo al procedimiento en sí, a un proceso individual por el cual se equilibran diferentes conocimientos o procesos recibidos. Por contra, el político que basa su actuación en la gestión inicia un proceso individual, al menos en lo que se refiere a la recepción *de inputs*, ya que vive en una constante recepción de información e interacción con el mundo externo. El político “gestor” ideal, sin embargo, sabe situarse más allá de las opiniones percibidas y, valorando racionalmente los impactos a los que es sometido, sabe decidir de forma neutra y, sobretudo, efectiva y eficiente⁴. Asimismo, el tecnócrata adquiere estatus de élite, pieza clave de la clase dominante. Por tanto puede imponer sus ideas a la sociedad y, ésta, a su vez, las

³ Aunque estas afirmaciones pueden ser discutibles y subjetivas, la tónica general de los tres ejemplos es que los candidatos alternativos que finalmente perdieron los comicios tenían más capacidades de oratoria.

⁴ Según Horjeimer (Horjeimer, 2000:67), “la dominación se deja cada vez más en manos del aparato real de poder; a pesar de todo, la ideología constituye un factor aglutinador nada despreciable en las grietas del edificio social”. Pero precisamente esta ideología que consigue “aglutinar”, se ha impuesto “como el pensamiento neutral, como una teoría funcional al proceso *vital de la sociedad* (la cursiva es mía) que encontramos inherentes al positivismo y utilitarismo”.

acepta irremediablemente ya que son las únicas buenas desde una perspectiva colectiva e individual. Parece un argumento mecánico, y de hecho lo es, pero es sostenible con la lógica tecnocrática.

Este ensayo seguirá de la siguiente manera: primero, se hará un repaso de los orígenes y trayectoria de la tecnocracia desde un punto de vista histórico. Después se diferenciará la tecnocracia moderna de la antigua y, después, se señalarán las diferencias entre la tecnocracia moderna y la contemporánea. Después de definir las características de la “nueva” tecnocracia se indicarán los problemas teóricos a los que incurre. Finalmente, se detallarán las consecuencias de la tecnocracia en la vida política actual.

Una moda nada actual

La moda tecnocrática en algunas sociedades actuales no es fruto de la “conversión de las economías de mercado en sociedades de mercado” (Karl Polanyi⁵). El “gobierno de la técnica”⁶ ya preocupó a los griegos en tanto que buscaban en los políticos una acción perfecta desde el punto de vista del *demos*. Así, Platón apostó por el *basileus* como mejor gobernante, donde la gestión sólo aparece como una más de las calidades del filósofo-rey, un experto de la política, del mundo del saber y, en definitiva (y sobretodo), de la virtud. Aristóteles poco después optó por la aristocracia como la forma de gobierno más realista e históricamente factible. En su construcción del *zoon politikon*, Aristóteles acentuó la importancia de la vida ciudadana y, a través de la práctica del *logos* (palabra) y el aprendizaje de *el episteme* frente la *doxa*, sitúa la vida social como eje principal del individuo. En la Constitución mixta de Aristóteles la mayoría podía decidir, pero la decisión final estaba subordinada al “buen gobierno”, el de los más capacitados. La modalidad de régimen que la *polis* adoptaba para gobernarse no era un fin en sí mismo, sino la estabilidad que cada régimen podía aportar a la *polis*.

Años después, Cicerón formuló su teoría política en un contexto de crisis, el de la República. Si bien Cicerón se mueve más en la línea de Aristóteles, caracterizada por la formación de una Constitución mixta que equilibra las tres “almas” de la República (monarquía, aristocracia y democracia), se observa en el conjunto de su obra, particularmente en *De la República*, una tendencia, un progreso histórico, a la centralización creciente del poder político. No obstante, la apelación a la unión de esfuerzos por el bien común entre las diferentes “facciones” que se disputan el poder es solucionada de forma “pactista”; la figura del filósofo-rey se vuelve a presentar (transfigurada) en un gobernante plenipotenciario y providencial; se da una transposición del orden familiar al conjunto de la sociedad que inaugura una larga trayectoria en la teoría política. Así, por primera vez, el buen gobernante se mide por el eterno de sus acciones: únicamente si consigue ser aquella figura extraordinaria que se espera que sea. En definitiva, un *princeps* que debería ser nombrado, finalmente, como *imperator*.

⁵ Polanyi, Karl. (1944). *The Great Transformation*. New York: Rinehart. Reprint, Boston: Beacon Press, 1957. Second edition, Boston: Beacon Press, 2001.

⁶ *Tecnocracia* significa etimológicamente “el gobierno (el poder, el dominio) de la técnica”.

Los vientos favorables a la tecnocracia dejaron de soplar⁷ en períodos convulsos por adquirir en Maquiavelo un tono diferente. El autor del Príncipe da a la “razón neutral” un papel primordial, pues “debe dominar las pasiones si se quiere alcanzar los objetivos propuestos”; la razón debe guiar el proceso de consecución de los fines “si antes se adquiere la *virtú* política adecuada”. Virtud y razón se mezclan. Pero con Maquiavelo aparece por primera vez la autonomía de la política, la independencia de las leyes que rigen el mundo de la política con respecto a aquellas normales morales aplicables al campo de la ética. Sin embargo, algunos críticos ven en la ambigüedad calculada de Maquiavelo la justificación que el uso apropiado de astucia y fuerza es políticamente comparable a la razón moral, afirmación interpretada desde un punto de vista absolutista o tecnocrático.

Hasta el momento, sea vía “contrato social” (Hobbes), la protección del “derecho a la propiedad” (Locke) o la “*virtú* del Príncipe” (Maquiavelo), la tecnocracia era explicada en tanto que el gobernante era capaz de unir las calidades necesarias para guiar la comunidad (los individuos) hacia un camino correcto, poseía la virtud necesaria por dominar lo que se consideraba “esencial” en la relación de poder (la libertad, la propiedad o, incluso, la “relación de poder” entre los diferentes grupúsculos del *demos*).

El aforismo “que gobierne el que más sabe” fue sobradamente argumentado desde el nacimiento a la consolidación de la teoría política moderna, apelando a la vía divina, a la vía “humana” de la virtud o, incluso, a una calidad inherente de algunos *políticos* de poseer los elementos necesarios por aplicar la “técnica del gobierno” a todo el entorno humano.

Sin embargo, la evolución social que provocó la industrialización significó un punto de inflexión por las teorías tecnocráticas. El experto político pasó de ser un mero conocedor de las tendencias intelectuales preponderantes, de mente despierta o poseedor de una habilidad sobrenatural, a hacer frente a un mundo complejo en que las estructuras variaban fluidamente y la heterogeneidad se acentuaba. Al mismo tiempo, la tecnocracia “virtuosa” veía como la democracia liberal⁸ iba tomando cuerpo y la elección popular de los representantes a menudo redundaba en la elección de políticos que, si bien tenían otras dotes, destacaban más como demagogos o malos gestores.

A medida que las sociedades entraban en la época contemporánea, la tecnocracia se adaptó a los nuevos tiempos. Y también se teorizó. Por regla general, se atribuye la primera expresión consciente de la ideología tecnocrática a Claude-Henry Rouvroy, más conocido como conde de Saint-Simon (1760-1825). Sus palabras son taxativas:

“Todas las ciencias, no importa de la rama que sean, no son más que una serie de problemas por solucionar, de cuestiones que examinar, y se diferencian de ellas mismas por su naturaleza. De esta manera, el método que se aplica a alguna de ellas conviene a todas las otras por el mero hecho que conviene a algunas [...]. Hasta el momento el método de las ciencias experimentales no ha sido aplicado a las cuestiones políticas: cada uno ha

⁷ Hasta el momento, por las fuentes que nos han llegado y por la propia dinámica de éxito de la *demokratía* griega, la tecnocracia se buscaba sobretudo en períodos en que la democracia deliberativa “caía en manos de demagogos” (como nos advertían Platón y Aristóteles).

⁸ No es marco de este estudio analizar la evolución de la democracia (en sus vertientes liberal, republicana o social), pero constatar también que la aparición de otras teorías (comunismo, anarquismo) amenazaron la hegemonía tecnocrática de épocas pasadas o la contemplaban subsumida en su cosmovisión de la política.

*contribuido con sus propias maneras de ver, de razonar, de evaluar, y la consecuencia es que aún no hay exactitud de soluciones ni generalidad de resultados. Ahora ha llegado el momento de superar esta infancia de la ciencia*⁹.

Por tanto, la lógica última del pensamiento de Saint-Simon es clara: los técnicos e industriales que dirigían el cambio económico en Francia debían ostentar el poder político con el objetivo final de reemplazar la política por la ciencia de la producción, por la “administración de las cosas”. Por otro lado, un contemporáneo suyo, Augusto Conde, fue incluso un paso más allá y lanzó la necesidad de una dirección tecnológica y no política de la sociedad.

Codo a codo con los defensores de la tecnocracia, los elitistas construyeron una teoría con una clara dimensión normativa que en cierta medida valida muchos de los argumentos legados por la tecnocracia. Así, Schumpeter, uno de los máximos exponentes del movimiento, señala que la idea de bien común es inaceptable por la democracia y, en caso de que se logre definir, no es capaz de resolver los problemas particulares. Por tanto, la democracia se convierte en un sistema institucional en el que los ciudadanos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha competitiva por el voto del pueblo. De la misma manera, Michels también cree que la democracia es un proceso de selección periódica de élites, de donde surgirá un líder mesiánico, carismático y profesional, que las guíe y reconforte. Hay que tener presente que las diferencias entre elitismo y tecnocracia son importantes: el perfil “gestor” no es condición necesaria por formar parte de este círculo pequeño de gobernantes, ni la racionalidad como base de actuación es la herramienta esencial por guiar los procedimientos. El elitismo busca una finalidad que la tecnocracia provocará por procedimiento: la reducción de los que toman las decisiones.

Como hemos dicho, la industrialización forzó la presencia de unos gestores cada vez más numerosos. De hecho, antes de este gran cambio el rol del burócrata mudó, pasó de ser testimonial, a ser una pieza esencial en el gran engranaje de la naciente Administración Pública¹⁰. Y aquí conviene mencionar un nombre fundamental. Fue quien teorizó el rol y el aumento de la burocracia y el modelo del nuevo Estado moderno: Max Weber. Era plenamente consciente que había que construir nuevas teorías por gobernar las sociedades. Según argumenta, el Estado Moderno constituye una empresa (*Betrieb*) con el mismo título que una fábrica¹¹. El Estado burocrático aparece en Weber en coincidencia con las líneas generales del Estado entendido como una institución; se desarrolla paralelamente al capitalismo moderno y es impulsado por el mismo principio: la expropiación de los medios de explotación a los trabajadores y funcionarios. El mayor inconveniente de esta nueva situación reside en la influencia de los “accionistas” o del pueblo sobre la dirección de la empresa o aparato burocrático: éste cada vez es menor. En Wéber, estos sistemas políticos carecen de un mecanismo eficaz por hacer surgir líderes capaces por controlar la Administración. El nuevo sistema, “el gobierno de los funcionarios”, tiene tics tecnocráticos evidentes, a pesar de que el sociólogo y economista alemán diluye esta tecnocracia por la dificultad inherente del sistema de encontrar un líder. Weber alerta que los funcionarios no pueden inmiscuirse en la política, ya que esta exige una racionalidad no solo diferente a la ética, sino también de la burocrática o disciplinaria.

⁹ Claude-Henry, Rouvroy, Reorganisation de la société européenne, 1814.

¹⁰ Fue el modelo centralista de la Revolución Francesa lo que puso sobre la mesa la necesidad de engordar la maquinaria estatal, precisamente por hacer llegar las órdenes de París a todos los territorios.

¹¹ Max Wéber, “Cf. Economía y sociedad”, FCE, México, 1964, p. 1061.

En definitiva, Weber observa a finales del siglo XIX que cuando la racionalización social está bien avanzada, el triunfo de la razón lleva con ella no un reino de la libertad, sino el dominio impersonal de las fuerzas económicas y de las administraciones burocráticamente organizadas (una “jaula de hierro”). Así, la realización de lo que los filósofos de siglos pasados proyectaron como un reino de Dios sobre la tierra resultó ser irreversible, como lo son la pérdida de sentido y la pérdida de la libertad que los acompaña.

Es con Weber que la tecnocracia adquiere un sentido moderno¹², se adapta a los nuevos tiempos, aunque su confusión con la burocracia toma cuerpo. La indisoluble relación existente entre el objeto investigado (la técnica) y la investigación teórica (la ciencia) se reequilibra y el objeto pasa a ser parte esencial, lo único que deberá centrar la acción de los gobernantes. El objeto –la realidad a la que se enfrenta- es sometido a un tratamiento basado en un proceso científico-técnico. Eliminando la división entre la política como reino de los fines y la técnica como reino de los medios, el tecnócrata abandona el terreno de los valores y de los medios de acción social por entrar solamente en el técnico-económico, en el de los fines, pretendiendo que la decisión de tipo político pueda ser reemplazada por una decisión no discrecional, fruto de cálculos y previsiones de tipo científico, en base a criterios de eficiencia. De hecho, el racionalismo tecnocrático representa la variante práctica que explota el discurso racional de la ciencia en beneficio del poder. La detección del problema y la solución del mismo se convierten en los dos grandes ejes de impulso político.

Weber alertó que la racionalización del mundo moderno tiene consecuencias profundas. Desaparecen las “visiones del mundo”, es decir, las bases tradicionales para solucionar la lucha entre el inmenso conjunto de actitudes políticas sobre la vida. Paralelamente, en la vida pública, se asume que el gobierno de los funcionarios, de los expertos, es inevitable y que les corresponde un poder considerable en base a su especialización, información y acceso a los secretos. Los políticos y los actores políticos de todo tipo pueden encontrarse en una situación de dependencia respecto la burocracia. La progresiva oligarquización de las organizaciones políticas obliga a mantener la burocracia bajo control, hecho que produce una tensión entre el político y la burocracia. Así, se ve en Weber el objetivo de rearticular el dilema liberal de encontrar un equilibrio entre la fuerza y el derecho, el poder y la ley, el gobierno de expertos y la soberanía popular¹³.

A pesar de lo que se ha mencionado, cualquier aproximación tecnocrática a través de Weber debe ser matizada. Giddens lo aclara adecuadamente:

“Las teorías tecnocráticas recientes, consciente o inconscientemente, deben mucho a Weber. En algunos aspectos es evidentemente erróneo considerar a Weber como un defensor de la tecnocracia, pues por Weber no es el especialista técnico la figura característica de la cultura moderna, sino el experto administrativo; es más, fue cauteloso en indicar que el burócrata se encuentra subordinado al “no especialista”, que tiene una visión más amplia que la conferida por el dominio de los conocimientos técnicos o administrativos. Siguiendo el uso weberiano, la concepción de la racionalización se basa en una interpretación de la importancia fundamental de la técnica en la vida social humana” (Giddens, 1996: 325).

¹² “Moderno”, pero, a mi parecer, no “contemporáneo”, como veremos más adelante.

¹³ A pesar de menospreciar los votantes y llamarlos “corderos perfectamente disciplinados”, Weber fue un defensor de la democracia parlamentaria, “la única alternativa por evitar la dominación burocrática incontrolada”.

Si por Weber las organizaciones como instrumentos tecnocráticos son necesarias de controlar por parte del político, Karl Marx concibe que el Estado y la organización burocrática constituyen entidades parasitarias de la sociedad. Marx detalla que la burocracia no es responsable con la masa de la población afectada por sus decisiones y que son un instrumento de clase que surgen para coordinar una sociedad dividida hacia el interés de la clase dirigente. Marx argumenta que la burocracia, lejos de asegurar el interés general¹⁴, introduce su interés particular en la esfera misma del Estado y entra en el campo de batalla de los intereses particulares, al servicio de la propiedad privada. De esta manera el Estado se transforma en la propiedad privada de la burocracia. Producto de esta transformación, el burócrata limita toda fiscalización pública, excluye todo lo que implica control o publicidad; solo acepta rendir cuentas a sus superiores. El espíritu general de la burocracia, según Marx, es el secreto, el misterio guardado en su interior por la jerarquía y, hacia fuera, por su carácter de corporación cerrada. Por este motivo, toda revolución en lugar de perfeccionar esta máquina debe destruirla. Se presenta necesario, eliminar esta burocracia “pseudotecnocrática”.

Así pues, los diversos elementos recogidos hasta ahora reflejan que el bullicio intelectual generado a partir del siglo XVIII con la industrialización cambió también la manera de concebir la tecnocracia. La tecnocracia moderna se diferenciaba de la tecnocracia de los antiguos por diferentes motivos:

1) La tecnocracia de los antiguos no calibraba el saber hacer del político en la esfera pública según su capacidad racional, sino en la virtud (o en el *logos*). Al tecnócrata moderno ya no –solo- le interesa desarrollar acciones conformes al bien o a la ley moral (rehuyendo el mal y la transgresión de quien es mandado), sino desarrollar acciones el resultado de las cuales sean fruto de disquisiciones racionales.

2) El líder tecnócrata de los antiguos da paso gradualmente al “gobierno moderno de los técnicos”. La capacidad de ostentar el análisis racional (antes, la virtud) no es unipersonal, sino compartida. Aparece un *apparatus público* centrado especialmente en hacer funcionar la maquinaria gubernamental: la burocracia. El miedo al exceso de poder es presente en diferentes autores, así como las propuestas por delimitar su campo de actuación.

Paralelamente a este fenómeno, algunos autores apuestan por el elitismo: el poder es ostentado (por bien o por mal, según la teoría) por una aristocracia reducida que se va relevando en los cargos. El elitismo y el gobierno de los técnicos se entrelazan continuamente; si la concepción elitista parte de la imposibilidad de aumentar los gobernantes, la tecnocrática añade que son precisamente estos perfiles los que, por su condición, tienen más posibilidades de poseer un status de hombre *racional*¹⁵.

¹⁴ A “Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel” (1843) Marx contradice a Hegel, quien asegura que la burocracia (entendida aquí como parte “experta” del gobierno) es la encargada de asegurar el mantenimiento de las finalidades del Estado, el predominio del interés general.

¹⁵ A pesar de que elitismo y tecnocracia contienen una crítica explícita a la democracia, esta es más suave en la vertiente tecnócrata, pues el grupo reducido de personas que ostentan el poder no se deriva de una “tradición” o una tendencia “natural”, sino de la capacidad técnico-racional como valor supremo por dirigir la política.

3) La ciencia, no la técnica, es la clave del “buen” gobierno moderno. Hoy esta distinción es casi banal pero la cientifización de la técnica es solo un fenómeno actual. De hecho, aún “hasta finales del siglo XIX no se registra una interdependencia de ciencia y técnica” (Habermas, 1989:79). La situación es bastante clara en la medida en que la ciencia no se identificaba tanto con la modernización, sino con la modernidad como época. La idea de progreso en la sociedad es la acumulación de saber tal como la ciencia lo hace.

4) Finalmente, a diferencia de los antiguos, el tecnócrata o, más bien, los tecnócratas modernos, aparecen como los más capaces de hacer frente al “salto adelante” (usando terminología maoísta): al cambio constante fruto de la industrialización. Así, el tecnócrata parece capaz incluso de hacer frente a la heteronomía filtrando la ley exterior a través de la razón. En la tecnocracia antigua no existía esta sensibilidad: el tecnócrata era el único capaz de dirigir de forma virtuosa a los ciudadanos, pero la preocupación por los cambios súbitos no existía¹⁶.

Por decirlo de alguna manera, el tecnócrata dogmático antiguo da paso al tecnócrata científico moderno.

El fin de las ideologías y la pragmatización de la política

Los cambios de la industrialización desembocaron en una tecnificación de todos los ámbitos de la vida social. El *milieu* tecnócrata se empezó a integrar en todas las estructuras burocráticas del Estado, sobretodo en la militar y universitaria, pero el transvase hacia posiciones de decisión fue constante.

Durante la década de 1930 y 1940, la Escuela de Frankfurt, al describir las tendencias de la sociedad capitalista, resaltó la creciente integración del ámbito político y económico, es decir, el entrelazamiento creciente de la economía y la organización política, la cual aseguraba la subordinación de la iniciativa local y la distribución de los recursos a la deliberación burocrática. Con la extensión de la burocracia y la organización estatal, se produce, como hemos mencionado, una racionalización de la vida social por medio de la razón instrumental. Algunos tenían la esperanza de que el socialismo rompiera esta clase elitista. Sin embargo, la implementación del socialismo real desembocó en organizaciones altamente burocratizadas en que un aparato reducido (*apparatchik*) se autoconsideraba más bien preparado por dirigir las vidas colectivas en nombre de la lógica comunista.

Así, en términos cronológicos, se puede señalar sintéticamente que las primeras tematizaciones serias sobre el fenómeno tecnocrático aparecen próximas al año 1950. Durante esta década, se instalan dos observaciones relevantes: primero, la necesidad de definir si el fenómeno tecnocrático es un fenómeno por sí mismo, y, segundo, la posibilidad (o no) de distinción entre la burocracia y la tecnocracia.

En las décadas del 1960 y 1970 eclosionan la mayoría de las argumentaciones consideradas como “clásicas” en el estudio del fenómeno. De hecho, se inicia una línea argumental vinculada con el destino de las ideologías y la tecnocracia. Daniel

¹⁶ Básicamente este argumento se basa en cuestiones de coyuntura. La sociedad griega (o la antigua en general) era estable desde un punto de vista estructural y fue una sociedad que cambió poco en muchos siglos. Generalmente, se puede afirmar que tan solos ha habido tres cambios súbitos en la historia de la humanidad: la revolución neolítica, la industrial y la tecnológica.

Bell inició el debate sobre “el fin de las ideologías”¹⁷, que marcará la tecnocracia hasta la actualidad. Según la visión de Bell, los hechos revelaban que la política empezaba a plantearse en términos “mucho más pragmáticos”. El mejor reflejo de esta tendencia “irreversible” era, según el autor, que los resultados pasaban por delante de las ideas, principalmente los resultados en materia de crecimiento económico y bienestar material. Bell lo atribuía básicamente a la pérdida de movilización de la izquierda. El fin de las ideologías marcaba un claro empobrecimiento de la política y la situaba en un mero escenario “empírico”¹⁸. De hecho, Raymon Aron, el 1955, subrayó la declinación del fanatismo político y la erosión de las ideologías tradicionales, motivadas por la experiencia occidental sobre la posibilidad de conciliar demandas políticas diferentes. De la misma manera, Seymour Martin Lipset formuló de manera semejante la tesis de la declinación de las ideologías y inauguró la entrada a la era de los “post”¹⁹.

Como se ve, Bell no estuvo aislado y la semilla por una nueva cosmovisión ya estaba plantada: durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX nuevas teorías justificaban que el conjunto de ideas, creencias o ideales (de alcance factual y normativo) para explicar los fenómenos sociales quedarían por siempre en el “libro cerrado”²⁰. Fukuyama es quizá el ejemplo más paradigmático al defender que la historia humana como lucha de ideologías ha finalizado. Inspirándose en Hegel, Fukuyama considera que el motor de la historia, el deseo de reconocimiento, el *thimos* platónico, se ha paralizado en la actualidad con el fracaso de los regímenes comunistas. Se establece, pues, el pensamiento único en que las ideologías ya no son necesarias y solo la economía tiene sentido. Es esta idea de superioridad del mundo occidental y la necesidad de alabar la razón instrumental a la categoría de mecanismo de actuación “sagrado” es la que llevó a muchos de sus ardides defensores a diseñar un nuevo orden mundial, sustentados por una visión neoliberal que ellos se negaban a encasillar en la categoría de ideología²¹. De hecho, dentro de este panorama de neutralización de las ideologías, Huntington aparece como el principal opositor con su famosa teoría de un choque entre civilizaciones con diferentes principios éticos y valores universales.

¿Cómo reacciona la tecnocracia ante estas tendencias contemporáneas? De forma general, la tecnocracia, atento a cualquier tendencia que la ayuda en su proceso de legitimación, parece haber aprovechado la profecía de la desaparición de las ideologías por justificar su existencia. Así, el pensamiento único, el del técnico, se erige como el único que puede moverse en un mundo cada vez más complejo, más

¹⁷ “El fin de las ideologías” (ed. Tecnos, 1960) es de hecho el mismo título del libro que Daniel Bell publicó el 1960 y que tuvo cierto impacto en la sociedad de aquel tiempo.

¹⁸ Bell también trató el tema de la tecnocracia. Según afirmó, la tecnocracia es un término surgido (peyorativamente) en los Estados Unidos alrededor de los años 30 para referirse a un fenómeno de aplicación de nuevos instrumentos técnicos: la “tecnología intelectual”. En palabras de Bell, “sustituye juicios intuitivos por algoritmos o normas por la solución de problemas”. Supone una versión acotada de la racionalidad, la que se definiría como un “juicio entre dos alternativas, una de las cuales es capaz de producir un resultado preferible” (Bello, 1986:50).

¹⁹ Lipset creía que vivimos en una era “pospolítica”. Otros autores de varios campos recogieron esta idea (“posmaterialismo” de Inglehart, las teorías “posmodernistas”, etcétera).

²⁰ Aquí se ha usado un paralelismo con una de las famosas frases de Bell: “Hay muy pocos problemas sociales que hoy en día se presten a formulaciones ideológicas [...] el fin de las ideologías ha cerrado el libro”.

²¹ Muchos de ellos han estado artífices de la promoción del “liderazgo mundial de los Estados Unidos al mundo”. Fukuyama, por ejemplo, fue el impulsor del Proyecto por el Nuevo Siglo Americano que pretendía precisamente alcanzar este objetivo.

tecnificado. Los tecnócratas asumen rápidamente el discurso según el cuál la batalla de ideas no es útil, ya que la sociedad contemporánea se mueve por otros parámetros, centrados en los de utilidad²², de eficiencia y de modernidad. En cierta medida puede ser contradictorio, pues la tecnocracia es una ideología por sí sola y, como aseguran muchos de los autores “post”, el consenso sobre la democracia liberal es absoluto y no hay espacio por otro tipo de sistemas políticos. Ante esta tesitura, la ideología tecnocrática se verá obligada a moverse por no pasar a ser una ideología de siglos pretéritos, tal como se comprobará posteriormente.

La nueva coyuntura viene marcada por el paso de la ciencia a la técnica, es decir, la multiplicidad de paradigmas se reduce y el debate se centra cuestiones operativas y no sustantivas. Al mismo tiempo se originan ciertos tipos de inflexión que hay que analizar. Se origina actualmente un nuevo tipo de tecnocracia que la distingue de la tecnocracia de los “modernos”. El tecnócrata contemporáneo se ha adaptado también a los nuevos tiempos. El tecnócrata científico ya no es tan solo eso, sino que asume nuevas visiones y nuevos preceptos. El tecnócrata científico da paso al tecnócrata científico-técnico y, al mismo tiempo, demócrata, aunque sea con recelos.

La tecnocracia de los nuevos tiempos²³

Según Mayol Miranda, la análisis de la tecnocracia desde las ciencias sociales requiere hoy “necesariamente” la presencia de dos temáticas: “el aspecto clase de la tecnocracia y la racionalidad como eje analítico que permite vincular el tema (*issue*) con aspectos generales de las distintas disciplinas del espectro social” (Mayol: 215).

Conviene, pero, que antes de explicitar las características de la tecnocracia de los nuevos tiempos se hagan algunas aclaraciones descriptivas. En el gobierno de la técnica es posible realizar hoy observaciones y describir líneas de investigación que suponen concentrarse en dos grandes aspectos, los cuales son renombrados por Mayol Miranda como “aspectos necesarios” y “aspectos contingentes”. En el énfasis del uso de la técnica en el gobierno y en la política en general, hay todo un orden de observaciones que corresponden a la misma lógica de la técnica. Son los nombrados aspectos “necesarios”. Los aspectos “contingentes” hacen referencia a la aplicación de la lógica tecnocrática (básicamente, como se ha visto, la razón instrumental) a situaciones o acontecimientos políticos que se han regido por otras lógicas de actuación (en una política pública, por ejemplo). Por otro lado, conviene también que distingamos dos tipos ideales de tecnocracia: la dominación tecnocrática concentrada y la dominación técnica difusa (burocracia). Nos interesaremos por la primera, la tecnocracia del político, el político gestor, pues como veremos tiene particularidades propias y no está tan tematizada como la burocracia.

Una de las primeras diferencias entre tecnocracia moderna y contemporánea es la siguiente: a diferencia de la época “moderna”, el tecnócrata contemporáneo ya no debe luchar por otro sistema político con una legitimidad a años luz de la suya. “La democracia parece haber cosechado este siglo una victoria histórica sobre alternativas

²² Conviene señalar la semejanza de objetivos entre los tecnócratas y los utilitaristas. Ambos perfiles buscan en un último estadio el máximo bien posible por el máximo número de personas. Lo que les diferencia reside, básicamente, en cuestiones procedimentales y en la concepción del poder.

²³ La apuesta de este estudio por definir nuevas características de la tecnocracia contemporánea tiene poca literatura sobre la que basarse. De hecho, hasta donde llega mi conocimiento, los estudios sobre la materia son escasos.

formas de gobierno”²⁴. En las sociedades contemporáneas “occidentales” parece que la democracia liberal (o liberal-social según el caso) tengan un gran consenso general. Es difícil, pues, apostar por un sistema político alternativo a éste, tendencia que de hecho se consolidó después de la caída del bloque soviético el año 1989. En este sentido, el tecnócrata ha asumido que debe hacer suyo el juego democrático por asumir responsabilidades, por palpar el poder. Democracia y tecnocracia se alejaban esencialmente, hasta ahora, como el agua y el aceite. Pero el tecnócrata ha entendido que debe buscar el fervor popular si quiere llevar a cabo sus ideas. Su inclusión en el juego democrático es obviamente a desgana, pero incluso el político tecnócrata pasa por el filtro de las elecciones. Los partidos aprovechan el perfil técnico (o de gestor) de algunos de sus integrantes y los proyectan a la opinión pública como el político idóneo por gobernar una sociedad tecnificada, extremadamente compleja y digna de un perfil que sepa navegar entre diferentes *inputs* políticos. Los partidos “venden” los políticos gestores como aquellos que “solucionan problemas”, los que conocen el funcionamiento de la administración a la perfección, todos los problemas sociales que se pueden llegar a plantear y la solución que es beneficiosa de forma global (y aceptada por la gran mayoría de las partes). No por ello, sin embargo, el tecnócrata ostenta un claro *ethos* y un tipo de posición que, estando vinculado al aparato público, se sitúa en una relación flexible con la institucionalidad del aparato del Estado. Consecuentemente, la tecnocracia ha conseguido en este último siglo que un paradigma científico predominante se extrapole a un paradigma de conducción de la sociedad, el cual ha conseguido cierta preeminencia como imagen del mundo.

Las diferencias entre el tecnócrata contemporáneo y el moderno no acaban aquí:

Se pasa de una ciencia social compleja a una simplificadora, donde el concepto de teoría se reduce y se incrementa el concepto de modelo. En este sentido, el desarrollo histórico establece un sentido y muestra una línea de progreso que permite hacer, por ejemplo, de la caída del bloque socialista y de los socialismos reales, pruebas de la superioridad científica y productiva del capitalismo y de sus marcos teóricos. Este tipo de argumentación es clásica del pensamiento ideológico: la ideología surge y se enmarca en un momento histórico en que al contenido especulativo se le exige aplicabilidad práctica.

En tercero, el pilar del pensamiento tecnocrático proviene de la economía como ciencia y técnica. La economía es un nuevo marco legitimador de relaciones a partir de las ganancias, la conveniencia y/o la eficiencia. Esta disciplina permite al tecnócrata ostentar un claro marco teórico y metodológico. La legitimación desde la productividad apela a la validez según el rendimiento²⁵.

En cuarto lugar, hay una expulsión de la vida social de todo lo que no es identificable. La tecnificación del binomio problema-solución excluye todos los elementos que no entran en el mundo del empirismo y del cientificismo. Todo se debe poder operacionalizar y cuantificar. Es una reflexión derivada de una posición claramente positivista. La ideología se opone a la ciencia. De hecho, a la “ciencia real y positiva”. La ideología es vista como una especulación a la que le falta fundamentación empírica; dicho de otra manera, constituye un pensamiento “puro” o “fantástico” que ignora el proceso de desarrollo real y empíricamente registrable. La ideología es vista como ilusoria, engañosa, distorsionada y separada de la realidad. Este extremo positivista no aparece de forma tan implacable, pero el uso que se hace

²⁴ Held, D. “Democracy: From City-States to a Cosmopolitan Order?”, in R.E. Goodin & Pettit.

²⁵ Nótese que la legitimidad basada en el rendimiento tiene una inestabilidad insuperable, ya que el rendimiento no es constante e, incluso cuando crece, tiende a ser decreciente a largo plazo si no se produce un salto cualitativo (Weber ya teorizó este punto de vista).

es constante, y la *praxis* así lo demuestra. El “dejamos de hablar de ideas, ahora toca soluciones” o el “ahora lo que hay que hacer es hablar de los problemas que afectan a la gente” son frases constantes de una cierta manera de hacer política que pueden vincular a menudo conocimiento técnico y poder. “Cada vez es más ostensible la invasión de cánones y orientaciones técnicas sobre casi todas las esferas de la vida social (...); salud, deporte, administración, finanzas, comunicaciones, transportes, educación; incluso en la ciencia misma los criterios operatorios entran hasta el corazón de la teoría” (García de la Huerta, 1990: 197).

En quinto lugar, contingentemente la técnica que se usa en política ha sido asimilada con la economía comercial, cuestión absolutamente contingente. Así, es posible afirmar que los aspectos contingentes son omnicomprensivos, abrazan incluso la proyección pública del político. Existe la convicción de que los sistemas tecnocráticos deben ser orientados según los principios de la razón técnica. Esta premisa es central. Eso implica que a toda sociedad, en tanto que sociedad entendida según el paradigma tecnocrático, debe estar orientada en términos instrumentales. La estructura político-institucional debe adaptarse a las exigencias de la razón técnica. Además, se da por obvio que por cada principio existe una solución óptima, con lo cual se evitan discrepancias.

En sexto lugar, la imagen de la sociedad, del mundo global y del Estado como sistemas. En base a esta premisa, la tecnocracia supone que cualquier medida tendrá efecto en varios sistemas. Hecho previsible si consideramos que todo sistema tiene una lógica “sistematizable”. Así, los conocimientos adecuados a la dirección del Estado provienen de disciplinas la conclusión de las cuáles son válidas y aplicables a diferentes sistemas. Si los conocimientos que se sustraigan del funcionamiento del Estado provienen de muchas disciplinas diversas que, a su vez, pueden ser extrapoladas a otras dimensiones de la vida social, la distinción operativa entre aparato del Estado y sociedad se anula. Bajo este prisma, el saber no distingue fronteras ni las requiere. La tecnocracia permite extrapolar (globalmente) sus saberes.

El séptimo elemento que diferencia la tecnocracia contemporánea de la moderna es la relación entre tecnócrata, burócrata y político. Si bien es cierto que el tecnócrata sabe situarse fuera de la institucionalidad permanente, no es menos cierto que la burocracia típicamente propia de la administración pública le resulta un obstáculo. La tecnocracia ha cuestionado la administración pública, a la que define como “tradicional”, como contraposición a la modernidad. Además, el tecnócrata se sitúa en un discurso donde el político es visto como un actor público con una relevancia decisional baja a causa de su fuerte diletantismo. El burócrata también queda señalado como un especialista de corte ineficiente, de baja preparación y muy vinculado a reglas excesivamente estrictas que supuestamente sustraen capacidad ejecutora.

En octavo, el tecnócrata, o el gobierno tecnocrático, no solo se integra en el sistema político democrático, sino que debe evitar caer en la frivolidad. El tecnócrata ya no se “enfrenta” con una población ignorante y poco sensible a las cuestiones públicas, como ha sucedido en la mayoría de gobiernos occidentales durante siglos. El Estado del Bienestar y, sobretudo, la universalización de la educación, ha creado una ciudadanía educada y con más capacidad crítica que nunca (aunque, al mismo tiempo, más manipulable que nunca). En esta competición entre ideas (que no ideologías, según afirman) el “gestor” debe marcar su perfil cuando quiere acceder al poder y defenderlo cuando ya lo haya logrado.

Otros autores, como Mayol Miranda, consideran que el tecnócrata “no es la persona que tiene un pie en la política y otro en la técnica”. Desde este punto de vista, el tecnócrata es el perfil que tiene una capacidad operativa y decisoria en virtud de sus argumentos técnicos, siendo capaz de imponerlos ante otros argumentos. El que en este escrito se defiende, sin embargo, no es la capacidad de cooptación del técnico

por la actividad política, sino el político como gestor. El político mantiene ciertas calidades o características (por lo menos a nivel teórico) que permiten seguirlo definiendo como tal: voluntad de poder, de servicio público²⁶, depende de la proyección de su imagen pública, mantiene vínculos partidistas claros, intenta no rehuir la pedagogía, no rechaza el fervor público, entre otros²⁷. Precisamente, este político “gestor” busca imponer (democráticamente) los argumentos técnicos por encima de otros argumentos.

Finalmente, quizá el cambio esencial es el que deriva de la lógica tecnocrática. Según su marco, la sociedad se encuentra “disponible” como recurso y su destino es “programable”. Podríamos afirmar que la tecnocracia supone necesariamente que el saber adquiera una nueva dimensión, una creciente relevancia. El conocimiento cambia de estatus cuando las sociedades ingresan en la era postindustrial, donde predominan los servicios y el conocimiento es lo que genera valor. La programación permite al tecnócrata definir el modelo de producción y organización económica.

Se puede afirmar que actualmente la tecnocracia cuestiona con radicalidad el orden de la decisión. Incluso cuestiona el mismo orden del poder si lo entendemos como la posibilidad de imponerlo sobre el otro. Si fuera el caso, la tecnificación de la decisión inaugura la posibilidad de concretar el poder. Si la dominación legal racional hacía impersonal el dominio, la técnica hace impersonal el poder mismo. Es el modelo aquel que pasa a decidir, con un máximo de racionalidad previamente establecida. No hay responsable; el poder es tan solo un mecanismo conceptual.

La naturaleza de la propuesta de una sociedad gobernada por expertos, pues, ha cambiado radicalmente. La tecnificación se erige como una nueva dimensión, irreducible a las utopías de Bacon, a los diseños de Mill, a las teorizaciones de Comte, a la historia del despotismo ilustrado o a los consejeros de los príncipes renacentistas.

Problemas teóricos

La tecnocracia contemporánea ha categorizado un seguido de requisitos que, como hemos visto, hablar efectivamente de gobiernos tecnocráticos. Sin embargo, sus condiciones, sus características, contienen contradicciones y problemas teóricos que serán analizados en este apartado.

Y es que, en efecto, situar a la tecnocracia como fenómeno propio de las sociedades postindustriales suena, como hemos comprobado, sensato.

Detectamos un primer problema cuando se integran elementos propios de las sociedades postindustriales. En efecto, la postmodernidad supone el fin de los grandes relatos y, entre ellos, se cuestiona a la técnica. La misma sociedad postindustrial supone que el conocimiento adquiere capacidad de generar valor y que por alcanzarlo se requiere de culturas postmodernas.

²⁶ No es ámbito de este estudio examinar la relación entre voluntad de poder y de servicio, pero entendí aquí que la voluntad de alcanzar el poder se debe a que es considerado el único mecanismo por cambiar la realidad (en contraposición a la consecución del poder por el poder en sí mismo).

²⁷ Evidentemente, según el prisma de análisis por el que optemos las características variarán. Con el objetivo de ser parsimoniosos, se han ofrecido algunas características, las que contrastan más con la óptica del político “tecnócrata”.

Al contrario de lo que afirma la tecnocracia, la reducción del poder a la racionalización operativa hace que se separe de la sociedad que lo generó²⁸. El poder se hace autónomo, mecánico. Es un medio de dirección sin directores. Se afirma que la autonomía del sistema crece cuando disminuye la dependencia con el entorno, pues el tecnócrata no vincula su decisión a ninguna exigencia o elemento externo a él mismo, sino a las conclusiones derivadas de la racionalidad instrumental. Sin embargo, esta autonomía no se ha dado, ni en los gobiernos tecnocráticos²⁹. El poder no es impersonal. El poder es algo innato a la proyección pública, sea en su concepción positiva (capacidad de cambiar la realidad) o negativa (poder por el poder). Las teorías tecnocráticas caen en el error de considerar que el poder se aleja de la política y, de hecho, la tecnocracia (o cualquier sistema político) basa su capacidad de obrar en el poder. Según nuestro punto de vista, el poder es independiente a la racionalización operativa pero desde una óptica tecnocrática no se puede hablar de una independencia a la inversa.

Otro argumento que pone en entredicho la teoría tecnocrática deriva de las condiciones culturales para su surgimiento, es decir, de la modernidad. En nuestras sociedades no es posible discernir, como decía Platón, “lo bueno, lo bello y lo verdadero”. En esta nueva articulación cultural la religión, mecanismo tradicional de formación de una imagen del mundo, se ve desplazada por la ciencia/técnica, que ostenta claramente el argumento del mundo objetivo. Incluso la ciencia social intenta articular un discurso normativo, unas ideas por un “mundo social” mejor (Marcuse, 1968:12). Como se deduce de su discurso, la tecnocracia batalla por establecer una ciencia neutra, una supuesta y siempre ideológica neutralidad que pretende legitimar el carácter omnicomprensivo de la disciplina. Es una neutralidad que parte de un claro apriorismo: aquello neutro será aquello aceptado por todo el mundo, pues la implicación hacia alguna tendencia será nula. Con la nueva coyuntura, caracterizada por el cambio de la economía de ciencia a técnica, ha habido ciertos puntos de inflexión que conviene analizar.

La visión de la técnica como neutral, pensada a modo de una respuesta natural del hombre como ente orgánico a las exigencias del medio ambiente, elimina la relevancia de los análisis de la técnica como aspecto de la racionalidad. Esta visión, sin embargo, tiene una deficiencia clara: la evaluación de la neutralidad es una construcción social, sobradamente reconocida en diferentes culturas (se acostumbra a señalar lo propio de una cultura como natural y neutral). Y es ésta una forma clásica de expresión de las ideologías. De hecho la técnica no puede establecer las mejores finalidades o las más racionales, ya que es heterónoma por definición. Es Habermas el que señala que la razón técnica es “ella misma” una ideología, pues es en cada caso un proyecto histórico-social, proyectándose en ella los intereses que los grupos dominantes tienen previstos como destino de los hombres y de las cosas. Ratzinger advierte que la racionalidad “también debería reflexionar sobre los desastres que

²⁸ Siempre y cuando entendamos que la esfera política es fruto de un contrato social entre las partes. Si consideramos que el Estado y el poder es ya algo heterónomo esta afirmación no es válida.

²⁹ Según los estudios existentes los primeros gobiernos considerados “tecnocráticos” los encontramos en Estados Unidos en la década de los treinta. Por ejemplo, Robert S. McNamara, primer presidente de la Ford Motor Compañero, pasó a ser ministro de Defensa. Se produjo un transvase de personas entre el mundo industrial y político que (en teoría) se debía a su conocimiento técnico.

producen sus sueños y comprender las reacciones contrarias que genera³⁰. En síntesis, todo lo que hoy da sentido a la técnica, todo lo que significa orientación hacia ella, todo el vínculo con la historia y con los proyectos de la sociedad; todo eso es ideología. Nada de neutralidad. En la medida en que el discurso tecnocrático asegura que no es ideológico y resulta que sí lo es, la falacia aparece con clarividencia.

La multiplicidad de paradigmas se reduce y el debate se centra en cuestiones operativas y no sustantivas. En general, la economía ha aceptado el reto de las ciencias “duras” y se somete a la regla de formalización del saber en un lenguaje neutro y objetivo. La tecnocracia llega hasta el último estadio de este proceso: en ella, la esfera cultural de la moral queda totalmente excluida; no se presenta necesaria una ética vinculada a la modernidad para que el mundo prosiga con su racionalización. Incluso la misma tensión tradición/modernidad pasa a ser aproblemática. El proyecto más puro de la modernidad acaba con la propuesta de valores últimos que se hacen universales y racionalmente fundamentados; las diferentes culturas llegan a ciertos acuerdos básicos, como nos señala Habermas: la democracia y los derechos humanos forman parte de estos acuerdos “de mínimos” (pluralismo agonístico de valores). Si bien este punto es menos discutible, dado que la tecnocracia se desarrolla en democracia y, como hemos señalado, se subsume en el sistema, al mismo tiempo que tampoco cuestiona los derechos humanos, la tecnocracia desarrolla sus tematizaciones a partir de una base concreta: las sociedades postindustriales son capitalistas o no lo son. Es una premisa práctica surgida de los propios acontecimientos históricos que presentan como un oxímoron todo lo que no vincule tecnocracia con capitalismo.

Véase también que la sociedad postindustrial tiene un importante tinte conservador. Pero desde el momento en que el discurso de la política como gestión es asumido por parte de la izquierda, encontramos otro de los problemas “prácticos” de la teoría tecnocrática.

La política como actividad y como teoría queda relegada a la esfera que incumbe a la economía y en la que es considerada científicamente válida. Su reducción a la técnica la hace más unitaria y unánime, el que se corresponde con la platónica y difundida idea que de verdades solo hay una y errores muchos. De este modo la tecnocracia afirma que la economía penetra en la acción política pero no modifica las prácticas de la clase política ni pretende cambiar las maneras de distribución de cargos en el sector público. La tecnificación supone *a priori* respetar ciertas esferas a la actividad política y se limita a cuestionar de manera implícita las propuestas teórico-políticas. A pesar de todo, el tecnócrata requiere del valor simbólico del poder y, de hecho, en el intento de apretar la varita de gobernante cambia las prácticas de la clase política. La élite está abierta al prestigio que supone la conceptualización objetiva y el halo académico de los técnicos doctorados en las mejores universidades del mundo. La tecnocracia no solo varía las prácticas de la clase política de los otros, sino que pasa a ser incluso una opción de apertura de una carrera política, donde se combinan elementos “viejos” y “nuevos” de hacer política: el trabajo de partido, basado en las lealtades de grupo, con el posicionamiento técnico. Todo pasa a ser posible en la medida en que se desarrollan crecientes partidos “instrumentales”, partidos cuyos miembros asumen que no les une una postura ideológica.

Así, los mismos tecnócratas se politizan al participar en la política y, eventualmente, según la estructura en la que forman parte, pueden convertirse en

³⁰ Afirmación extraída del “diálogo entre la fe y la razón”, mantenido entre Joseph Ratzinger, actual papa Benedicto XVI pero entonces cardenal, y el filósofo Jürgen Habermas, profesor de la escuela de Frankfurt (19 de enero del 2004, Academia católica de Munich).

grupos de interés que luchan contra grupos similares pertenecientes a otras organizaciones rivales.

Antes se ha explicado como la tecnocracia bebe del discurso del fin de las ideologías para legitimar su objetivización del mundo. La positivización del mundo no permite diatribas ideológicas; la ciencia no es de derechas ni de izquierdas, sino un conjunto de conocimientos que se caracteriza por su capacidad de hacer previsiones exactas sobre una parte de la realidad. La sorpresa de los que pregonaban el “fin del mundo ideologizado” ha pasado al observar como el mundo cambiaba hacia posiciones más ideológicas: de ninguna manera los *cleavages* ideológicos se pueden dar por muertos (intervencionismo-capitalismo absoluto, democracia-teocracia, ecologismo, derechos nacionales, etcétera)³¹. El desgaste de las ideologías no se ha producido y la tecnocracia se ha adaptado a la situación y ha *mudado*: ahora ya no se mantiene el discurso “desideologizador”, sino que se intenta situar en una escala de gradación en el que las ideas son el menos importante por hacer política. Los dilemas de la tecnificación, sin embargo, no acaban aquí: Habermas cree que surge una ideología en el intento de hacer prevalecer la racionalidad tecnológica advirtiendo de “su manera de legitimarse a través de la introducción en cualquier proceso de investigación científica y aplicación técnica”.

Otra contradicción la destapa Marcuse, que no duda al afirmar que la concentración de poder del mundo económico, sumado al político y al tecnológico como “instrumento de dominación”, bloquea todo tipo de disensión, evita el debate de ideas. Estos usos de la política tienden “a eliminar la deliberación, uno de los pilares de la democracia” (como también advertía Habermas). De la misma manera, la política queda como una esfera donde se juega el proceso de legitimación de la dominación. Observamos como ejemplo que incluso la comunicación estratégica y la mercadotecnia convierten las elecciones en otro asunto técnico, donde los recursos, que influyen con la capacidad de sintonizar con los discursos predominantes (mediante estudios) o de instalar discursos por los medios, crean posibilidades de acceso a las cúpulas del poder.

Tecnocracia y política

Analizadas las características de la tecnocracia contemporánea y las limitaciones teóricas a las que incurre la teoría, también cabe señalar las consecuencias prácticas que genera en el mundo de la política. ¿Cuáles son las consecuencias que la tecnocracia crea una vez se aplica en la política cotidiana? ¿Es posible llevar a cabo un proceso reduccionista y poder reducir la política al ámbito de la gestión?

Las consecuencias de la tecnocracia en la *realpolitik* son varias y algunas ya se han señalado anteriormente.

La consecuencia más importante es la exclusión de la ética del mundo político. El político “gestor” no toma en consideración el ámbito de la ética (que no quiere decir que la rechace); esta queda relegada a uno de los muchos ámbitos de la vida pública

³¹ El fin de las ideologías comportaba que los partidos fuesen homogéneos. Dahrendorf afirmó los años ochenta que “la edad de oro de la socialdemocracia ha llegado a su fin. Sus objetivos e instrumentos ya no se ajustan a los tiempos actuales. El siglo socialdemócrata pertenece al pasado. Los partidos socialdemócratas ya no pueden ganar elecciones y, si ganan, es para que no apliquen políticas de tal tipo”. Una afirmación categórica pero que puso de moda una pregunta clara: todos los partidos hacen lo mismo? No es ámbito de este ensayo pero es útil por ilustrar el proceso de homogeneización al que hace referencia el fin de las ideologías.

caracterizados por su carácter difuso, por la poca precisión de sus postulados, por la imposibilidad de filtrarla a través de la racionalidad y por la dificultad de alcanzar un consenso. Desde la óptica tecnocrática, todo debe ser operacionalizable y la ética no entra precisamente en este terreno. Eso comporta consecuencias claras en el sentido de que los ciudadanos se ven desamparados delante de sucesos públicos que conciernen al mundo de la ética (la lista es casi infinita: eutanasia, pena de muerte, matrimonios homosexuales,...).

La política no puede ser tan reduccionista: el núcleo esencial de la política es el debate entre modelos diferentes de ver el mundo, entre ideas e ideologías diferentes y alternativas varias. La materia prima de la política no es solo el binomio “problema-solución”, sino también las esperanzas, los ideales e, incluso, los sentimientos. Ciertamente, apelar solo a los sentimientos, olvidando los intereses, nos llevaría al populismo. Pero olvidar que la política moviliza ideas, sentimientos o valores, lleva a la tecnocracia, a dejar nuestra gobernación en manos de especialistas supuestamente asépticos. Así, en lugar de elecciones deberíamos montar oposiciones. La gestión es solo una técnica; el gobierno, un arte y una responsabilidad que no se puede reducir a un funcionamiento puramente mecánico, desprovisto de todo tipo de épica colectiva, de complicidad emotiva con la ciudadanía, de socialización de referentes comunes, de dibujo de objetivos nacionales a los que sea posible aspirar, de modelos de sociedad construibles. Hay una corriente importante que defiende que todo gobierno debe ser “moral”, ofreciendo una ética del discurso que centre la atención de quienes toman las decisiones en el interés público y no exclusivamente en el personal. “El gobierno moral debe mirar a través de la actividad colectiva las acciones de los individuos. El gobierno moral debe proporcionar las condiciones para el desarrollo y la realización individual”³².

Además, la tecnocracia entra también en constante tensión con la democracia. La técnica vulnera el carácter “decisional” (representativo) de la política y la sitúa como una esfera operativa. Este vínculo destruye el carácter representativo, pues no tiene sentido que un representante se haga responsable de decisiones cuando *de facto* serán tomadas en base a una formulación técnicamente verificada. Al ser la tecnocracia positivista se genera una amplia tensión entre la decisión y la razón, vulnerando así una de las premisas de la política contemporánea.

Por otro lado, como se ha visto en el último apartado, la eliminación de la deliberación en el espacio público es fruto de la conversión de la democracia en un mecanismo que permite la consecución de unos objetivos. La democracia pasa a ser instrumental. En este sentido, el análisis de la esfera pública que realiza la tecnocracia se acerca al de las teorías elitistas y, en cierta medida, a la forma liberal de entender la democracia: la política no se puede someter a deliberación ya que el ciudadano no tiene conocimiento, sus opiniones son banales; los políticos son expertos de la gestión de los asuntos públicos, concededores a la perfección de la solución de los problemas de la vida diaria. Como hemos dicho, gestor ha pasado a ser la palabra mágica frente a político. Como si la política no tuviese nada que ver con la confrontación de valores, de ideas y de modelos de país y sociedad. Gestionar o administrar son verbos que reducen la tarea de gobernar a una sola dimensión. El trabajo de un político es asumir unos valores y dar sentido a las grandes palabras. De hecho, toda política que alcanza el poder en las urnas pasa por tres fases: la priorización de unos valores, la restitución del sentido de las palabras que conformarán un programa y, finalmente, la realización de este proyecto de acuerdo con las oportunidades y los recursos disponibles.

³² Doran Hunter, Nevin, “Por qué es necesario un gobierno moral”, revista VÍA número 04, Centro Estudios Jordi Pujol, abril del 2007.

Como todos los enfoques que menosprecian la capacidad del *demos* por intervenir en la esfera pública, se cae en el error de considerar el individuo como unidad aislada de un conjunto. Es indudable que el electorado busca como valor esencial de un político su efectividad. Los tics elitistas de la tecnocracia eluden precisamente a esta efectividad. Incluso en este punto, la efectividad no es (o debería ser) solo una calidad del político gestor, sino también de los políticos de “todas” las teorías políticas. La tecnocracia tiende a patrimonializar este valor, cuando en realidad la eficacia es presente en todos los ámbitos, incluso en las teorías más ideologizadas.

En general, se pueden tomar dos caminos de análisis: por una parte, como señala Weber, el camino inequívoco de la modernización del Estado es su burocratización. Desde esta óptica, modernizar supone un proceso que contemple la eficacia y la eficiencia, pero también un proyecto que permita mantener e incluso consolidar la estructura orgánica. Y ya en este aspecto la tecnocracia entra en tensión, pues no puede asumir jerarquías. De hecho, promueve el contrario, la flexibilidad de organización. De la otra, mirando la experiencia política, observamos que los estados han llevado a cabo un proceso contrario al indicado por Weber: menos gasto público en burocracia y fomento de la actividad privada en lugar de la pública. Es una afirmación general que tiene multitud de matices posibles pero la “modernidad” del siglo XXI ha llevado a este proceso.

Hay otros aspectos que entran en juego. El concepto de racionalidad que emplea la tecnocracia no solo debe ser amplio en sí mismo, sino que debe ir enfocado a la sociedad de forma global. La política pasa a ser un espacio de tematización en su conjunto. La observación global de la sociedad, pero, es inviable de realizar desde una óptica técnica. La política no solo son problemas o situaciones globales, también ofrece situaciones particulares, reducidas y, sobretodo, específicas, imposibles de tratar desde una dinámica general.

Si la amplitud del concepto de racionalidad ya entra en conflicto con la incapacidad de la técnica de desarrollarse a nivel global, la propia técnica favorece la despolitización de la sociedad. En este sentido, válido resulta el modelo de resolución de problemas acotados y precisos que se fundamenta en el principio económico de: por cada problema, una (y solo una) solución eficaz. Como premisa de este método se articula la idea de que habrá armonía entre las resoluciones de problemas. Despolitizar la sociedad es clave para el político “gestor”, pues el debate “político” entorpece su objetivo: intentar dar fe que la política requiere manos expertas y soluciones únicas, sin un debate social que no premie la racionalización instrumental.

La aparición del que podríamos nombrar *homo faber* de la política va más allá y crea consecuencias a medio o largo plazo vinculadas con la desafección y, en última instancia, con el abstencionismo.

Es indudable que la población de algunos países europeos ya ha optado por dar la confianza a los políticos “gestores”, a aquellos que prometen más gestión y menos “idea”, suceso que ha venido acompañado mayoritariamente de épocas de crisis social, particularmente económica. Es un resultado fruto de una contingencia nada despreciable. Sin embargo, la gestión como discurso legitimador, la tecnocracia como maná de todos los males, exige una apostilla clara: una eficacia absoluta. A falta de esta eficacia la desconfianza con el sistema político crece, la desafección en último término aparece. Como han señalado diferentes estudios, la desafección política es un fenómeno cultural que se mide a través de la implicación psicológica en política y de la eficacia política tanto externa como interna. Es en definitiva una dimensión actitudinal independiente. Actitudes como el cinismo político, el desinterés y la desconfianza política están íntimamente atadas al grado de confianza que los ciudadanos depositan en las instituciones de representación política en general y, en especial, a los partidos

políticos³³. Pero cuando la confianza en el político gestor, investido de una aureola casi mágica, decae, la política pasa a ser por el ciudadano un terreno hostil, falto de utilidad.

En este estudio se ha defendido pues que la política como gestión, la tecnocracia en definitiva, solo focaliza el análisis en un ámbito de la política. La gestión es un segmento que la *polis* pide, de hecho es necesaria, pero reducir la política a este ámbito tiene peligros concretos. Al final de este estudio se han detallado las consecuencias de tal reduccionismo. Antes, sin embargo, se ha estudiado la tradición histórica tecnocrática desde la vertiente teórica, se ha categorizado la tecnocracia contemporánea, diferente de la tecnocracia moderna, y se han detallado los problemas teóricos a los que incurren las teorías tecnocráticas.

Con todo, se ha hecho patente que la moda hacia el fenómeno tecnocrático no es nueva. Sea como sea, la objetivación de una promesa o una amenaza, la objetivación de la racionalidad como taumaturgia social se instalará en el Estado y tenderá a colocar sus "sacerdotes" al poder con un rol importante: justificar que el reino no se parece a la promesa. Se convertirán, de hecho, en los falsos profetas de la modernidad.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, "Eichmann en Jerusalén". Debolsillo, Barcelona, 2006.
- Aron, R., "El opio de los intelectuales", Siglo Veinte, Buenos Aires, 1979.
- Bello, Daniel, "The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties", Wawman, New York, 1960.
- García de la Huerta, Marcos (1990), "Crítica de la razón tecnocrática", Santiago, Editorial Universitaria.
- Giddens, Anthony (1996), "La estructura de clases en las sociedades Avanzadas". Madrid: Editorial Alianza.
- Gramsci, Antonio (1985), "La Política y el Estado Moderno". Barcelona: Editorial Planeta.
- Habermas, Jürgen (1982), "Ciencia y técnica como ideología". Madrid, Editorial Tecnos.
- Habermas, Jürgen, "Theory and practice in a scientific civilization", Connerton, Paul (ed). Middlesex 1976. Pp 330-347.
- Held, David (1997), "La Democracia y el Orden Global". Barcelona: Paidós.
- Horkheimer, Max, "Crítica de la razón instrumental", Editorial Trotta S.A., Madrid, 2002.
- Huntington, Samuel P., "El choque de civilizaciones", editorial Paidós, 2004.
- Kuhn, Thomas S. (1993), "La Estructura de las Revoluciones Científicas". Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Lipset, Seymour Martin, "El hombre político. Las bases sociales de la política", Eudeba, Bs.As., 1977 (primera edición 1960).
- Lucas, Fernando; Cueva, Murillo de la; "Ideología, tecnocracia y liberalismo", Revista Supieras, volumen 1, 2003.
- Maquiavelo, Nicolau, "El príncipe", primera edición, ensayo, Barcelona (2002).
- Marcuse, Herbert (1968), "El Hombre Unidimensional. Ensayos sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada". Editorial Joaquín Mortiz. México D.F

³³ Definición extraída de Montero, José Ramon; Gunther, Richard; Torcal, Mariano, *Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección*. Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Berlín (1994).

Mayol Miranda, Alberto, "La tecnocracia: el falso profeta de la modernidad. Una crítica desde la teoría política a las propuestas tecnocráticas", Universidad de Chile, Departamento de Ciencia Política, documento de trabajo número 81, julio 2006.
Fukuyama, Francis, artículo "¿El fin de la historia?" (publicado en España en la revista *Clavas de la razón práctica*, Madrid, abril de 1990, número 1),
Weber, Max, Conferencia "Política como vocación", 20 de abril de 2001. Extracto del libro "El político y el científico", Editorial Alianza, Madrid, 1998.